rada en tan pocos años? Amarguras de familia, reconvenciones acaso no muy severas, castigos tal vez ligeros, desengaños prematuros ú otros fútiles pretextos ponen el revólver en la tierna mano que acaba de soltar los juguetes de la primera infancia, ó persuaden á imberbes mozalbetes otros medios con que en los albores de la vida se precipiten en la noche de una muerte horrenda.

"¿Qué pasa en el alma de esos infelices? Joly, rastreándolo por el testimonio de los procesos instruídos, llega á una conclusión desoladora: falta, por lo general, á aquellos corazones el calor del hogar paterno. A la frialdad de los padres responde la tibieza de los hijos; los ejemplos de aquéllos fueron tal vez perversos; la educación fué nula ó escasa. Añádase á este una imaginación desenfrenada, que no halla tropiezo ni dificultad á sus antojos, un sentimentalismo voluptuoso, una soltura de vida impropia de la mocedad, una embriaguez naciente, amores vehementes, conversaciones, lecturas é imágenes corruptoras, el horror al trabajo y á todo esfuerzo sano, en suma, cuanto al choque con el primer obstáculo ha de producir la desazón, el tedio y el abatimiento. Esos mismos amores que los llevan al odio de la vida, brotan más que del corazón, de la sensualidad muelle; su consecuencia es el fastidio y su término la aniquilación. La aniquilación; porque, generalmente, esos verdugos de sí mismos no piensan en un *más allá;* su esperanza y su temor se encierran en la fría lobreguez de una tumba; allí acabará su aburrimiento, allí no tendrán que hacerse violencia, ¡descansarán!" (4)

Ante semejante espectáculo no podemos menos de exclamar: ¿qué sería del mundo sin el catolicismo? El paganismo desprecia la niñez (es uno de sus más repugnantes caracteres) y sólo el cristianismo procura conservar en el párvulo, para convertirlos después en virtud, el candor y la inocencia, aroma de la infancia, el encanto mayor de la familia, el mayor atractivo de la orfandad, inocencia que hacía exclamar á Lord Byron tristemente: "¡lástima que estos niños lleguen á ser hombres!"

¡La madre de los desamparados proteja esa niñez, á quien no sólo la sociedad olvida, sino también corrompe! Pío IX se vió en sueños convertido en niño, llevado de la mano por la Inmaculada. ¡Que esa visión sea un símbolo de la regeneración de la niñez! Nada en el cristianismo carece de significación. Si la Virgen de Lourdes escogió una niña para mostrarle su celestial figura y comunicarle los secretos del cielo... ¿No significará tal cosa, sino que la Inmaculada toma la infancia bajo su especial protección?

Soliciten los católicos los auxilios de la Virgen en pro de la niñez desvalida, solicítenlos con la oración y con las obras, y la gracia descenderá como el rocío.

* * *

Otro síntoma seguro de paganismo son los pecados que el Abate Moigno llama *pecados á sangre fría.*

No se nos diga que no ha habido en el mundo un día sólo en que no se haya pecado gravemente y que el cristianismo tiene que confesar su impotencia para triunfar del mal: que aun las edades más cristianas, como el siglo modelo, el siglo XIII, han sido pecadoras.

El cristianismo en los tiempos bárbaros inspiraba las virtudes más heroicas, pero no podía modificar de pronto el temperamento de los hombres, sino en casos excepcionales, quizá milagrosos, y el carácter bravío é indómito de las gentes y sus instintos brutales y salvajes, se traducían mil veces en actos de violencia, en crímenes de pasión, muchos quizá desconocidos ahora, que formaban el más brusco contraste con las virtudes generosas florecientes en los claustros, en los campamentos y hasta en los alcázares de los reyes.

El cristianismo no ha sido hecho, sino para alcanzar el triunfo definitivo al fin de los tiempos: entretanto, su misión es sólo luchar, y como puede obtener victorias parciales, también puede sufrir derrotas más ó menos duraderas.

Aun imperando en las ideas, como ha logrado hacerlo en épocas mejores, en Europa y en buena parte de América, no logra extirpar la pasión de los corazones, y ésta, mientras exista, puede avasallar el albedrío.

Pero hay pecados que el cristianismo, cuando reina en la conciencia, casi llega á extirpar por completo, en virtud de que son faltas que difícilmente se compadecen con la fe. No consisten en arranques de momento,

ó en pasiones que tienen mucho de carnales é instintivas, y contra cuya violencia puede poco la libertad, sino que su germen, su *fomes,* como dicen los teólogos, se encuentra en regiones superiores del alma, y para que la fe lo deje vivo, cuando no tiene sus raíces en la materia, preciso es, ó fe muy débil, casi nula, ó que ese mal sea hondo, tenaz, incurable naturalmente.

Tales crímenes, hijos del egoísmo, premeditados, calculados, fruto muchas veces de almas ilustradas, que no tienen el pretexto de satisfacer necesidades de la naturaleza, no aparecen sino por excepción en las edades cristianas, pero se generalizan y cobran proporciones pavorosas en los siglos sin fe.

Los paganos alimentaban con carne de esclavos las mureñas de sus estanques, y el egoísta moderno, tipo nada raro, hará arder, (siempre que no se comprometa naturalmente) la casa del vecino,—como dice Larochefoucault—sólo para freír un huevo en el incendio.

Esos pecados de egoísmo frío y que llamaremos espiritual, son los que el Abate Moigno, sabio y virtuoso sacerdote de la Compañía de Jesús, ha denominado acertadamente *pecados á sangre fría.* Son fruta del siglo y revelan que el siglo es pagano.

El ilustre Jesuíta dice:

"Amenudo se presenta esta gravísima cuestión. ¿Nuestro siglo es mejor ó peor que los que le han precedido? No quiero constituirme en panegirista de los siglos pasados, *laudator temporis acti.* Cada siglo tiene sus virtudes y sus vicios; cada siglo, en consecuencia, tiene ventajas y desventajas. El nuestro es ciertamente, más sabio, más instruído, más civilizado: las ciudades son más ventiladas, las habitaciones más sanas, la vida, por lo regular, más larga, las costumbres generalmente, más dulces; las relaciones mutuas mejores y más estrechas; hay, aun en las almas escogidas (*d'elite*) solicitud para el pobre, piedad y sostén para el débil, deseo de hacer la vida, para todos, más fácil y más dulce, etc.

"Pero cada siglo tiene su sello característico, y el del nuestro es sin duda, por una parte, la disminución y la rareza de fe; por otra, eso que llamo pecados á sangre fría.

"El pecado á sangre fría es, en su manifestación más odiosa, el pecado de Judas que ofrece, vende y entrega friamente á su Divino Maestro por medio de un beso sacrílego y diabólico. Esto es la negación razonada y voluntaria, por un acto libremente consentido, de la verdad conocida y presente al espíritu; eso que el Evangelio llama pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado ni en este mundo ni en el otro. Esto es, en fin, el pecado que se comete, no sólo con propósito deliberado, sino aún sin sublevación de los sentidos, sin extrañeza de las pasiones, sin violencia de carácter, sin presión de circunstancias exteriores imperiosas, contra la razón, contra la naturaleza, y algunas veces, aún contra la misma pasión." (5)

El sabio sacerdote consagra varias páginas á cada uno de esos pecados del paganismo moderno; pero nosotros sólo diremos tres palabras acerca de los menos conocidos, no porque se repitan con menos frecuencia que los otros, sino, al revés, porque han entrado de tal modo en las costumbres, que á nadie chocan, y á penas si los mismos católicos los reputan inmorales.

"Una casa inglesa—dice el Abate Moigno—vendió una vez, para los habitantes de no sé qué isla de Oceanía, varios millones de agujas de coser, que carecían del agujerito, llamado *ojo,* necesario para entrar el hilo."

Hé aquí el tipo de la estafa industrial, que explota la ignorancia de miles de infelices, estafa cometida no como antes, por pillos callejeros, que muchas veces buscarían en el fraude el remedio de legítima necesidad, sino por negociantes ricos, ilustrados, quizá miembros de sociedades de temperancia, perfectos *gentlemen* probablemente.

No sólo se falsifican los productos industriales con perjuicio de derechos adquiridos, sino que se adulteran los alimentos, los vinos, las medicinas.

¡Y qué refinada malicia la de enviar esos productos allí donde no hay leyes, donde el falsificador no puede ser perseguido!

Otro pecado á sangre fría, propio del siglo y que subleva la santa ira del buen Jesuíta, es la costumbre, aceptada en Francia por muchos matrimonios, de en-

viar á los hijos á amamantarse fuera del hogar, para librar á la *digna* madre de las penalidades de la lactancia.

Pero es peor aún el que los esposos vivan como extraños, para no aumentar excesivamente la familia, perniciosa costumbre que tiende á propagarse en las principales ciudades de Europa y América.

Sería delicado el desentrañar la malicia de pecado semejante, propio de la gente rica, ilustrada y que hasta alardea de ciertas prácticas religiosas (las fáciles y que sanciona la moda), y dejaremos tan resbaladizo asunto, limitándonos sólo á citar las siguientes palabras de Alejandro Dumas, (hijo) nada sospechoso de gazmoñería: "Dejad que la mujer haga lo que hace y dentro de cincuenta años, nuestros sobrinos (entonces ya no tendremos hijos sino sobrinos tan sólo) verán lo que queda de la familia, de la religión, de la virtud, de la moral y del matrimonio en el rico y hermoso suelo francés!" (6)

* * *

El naturalismo—no nos cansaremos de afirmarlo—es la enfermedad de los tiempos, y su microbio propagador—como ha dicho Monseñor Delamaire con gran exactitud en su discurso de 22 de Noviembre del año pasado—es el espíritu de la Franc-Masonería. (7)

El alma de ese monstruo es como cree el mismo gran Obispo, *el odio á la religión,* y si la logia se disfraza de sociedad mutualista, asociación filantrópica, *meeting* político, academia filosófica y hasta club de honesto recreo, en el fondo permanece tenaz é hipócrita propagadora del naturalismo, y enemiga mortal, implacable, satánica, de Cristo y de su Iglesia.

Como tal la condenaron, después de Clemente XII, que fué el primero en hacerlo en 1738, Benedicto XIV, Pío VII, León XII, Pío VIII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII, y éste último con aquella su acostumbrada energía, porque el gran anciano tenía tanto valor como genio, después de revelar sus fines de dominación universal, excita vivamente á los católicos á sacudir su deshonroso yugo.

En la Encíclica *Preclarae gratulationis,* de 20 de Junio de 1894, decía el gran Pontífice:

"Otro peligro grave para la unidad, es la secta masónica, formidable potencia que oprime desde hace mucho tiempo á las naciones, y sobre todo, á las naciones católicas. Orgullosa hasta la insolencia por su fuerza, por sus recursos, por sus éxitos, lo pone todo en obra, favorecida por nuestros tiempos tan agitados, para afirmar y extender su dominio por todas partes. Desde los retiros tenebrosos donde maquina sus embustes, penetra públicamente en nuestras grandes ciudades; y como para lanzar á Dios un desafío, en esta misma ciudad, capital del mundo católico, ha establecido su asiento.

"Aunque hayamos hecho ya en otra parte las más graves advertencias sobre este particular, Nuestra vigilancia apostólica Nos impone el deber de insistir en ello, y de repetir que, contra tan apremiante peligro, nada de lo que para prevenirlo se haga, es demasiado. Que la clemencia divina frustre sus nefastos designios. Pero que el pueblo cristiano comprenda que debe acabar con esa secta y sacudir resueltamente su yugo deshonroso; que en esto tengan más empeño aún aquellos que están más oprimidos, los franceses y los italianos. Ya hemos designado las armas que deben emplearse y la táctica que debe seguirse en este combate: la victoria, al fin, no es dudosa, con un jefe como Aquel que pudo decir un día: "He vencido al mundo!" (Juan, XVI, 33).

¡Todo lo quiere dominar! ha dicho el Pontífice. Tal es el fin de la satánica asociación. ¡Su ambiente es el materialismo; sus medios, la hipocresía, la perfidia, el crimen; su enemigo, la Iglesia; su último intento, el dominio del mundo!

Ya triunfa en Francia, la nación directora de la civilización; ya se extiende por toda la tierra; ya conspira al establecimiento de la república universal: ¿no será ella el tirano que veía Donoso Cortés alzarse en lontananza, enorme, sombrío, cruel, implacable, con la blasfemia en la boca y el hierro homicida en la diestra? (8)

Ahora sus ataques se dirigen en Francia, y pronto hará igual cosa en todo el mundo, á las asociaciones religiosas.

¿Qué le importa que se grave el erario, que la niñez

carezca de educadores, que los hospitales se entreguen á manos mercenarias; que la valiente, la heroica, la mártir, Sor Teresa (*) sea subtituída en las ambulancias por mujeres que sólo persiguen el sueldo y huirán gritando cobardemente cuando caiga un proyectil en las tiendas de la Cruz Roja?

A mediados del siglo, la Franc-Masonería, causa de todas las revoluciones europeas acaecidas hasta entonces, era más peligrosa que ahora, porque engañaba aun á muchos católicos, y aun á algunos indiferentes é incrédulos que no querían combatir la religión, haciéndoles pensar que no tenía más fin que el de realizar la libertad de los pueblos.

Así se engañaron católicos tan notables como Silvio Pellico, ferviente carbonario, pues el carbonarismo, impío en el fondo, disfrazaba sus miras alardeando ideas humanitarias y patrióticas.

Pero la secta tenebrosa ha sido desenmascarada por Pío IX y León XIII, y ella misma se presenta ya como enemiga natural del catolicismo. El P. Baunard, dice:

"Pero ya, mucho tiempo antes, la poderosa voz del Vaticano había vaticinado. Por su encíclica de 20 de Abril de 1884, León XIII había penetrado en las profundidades del antro masónico y hecho aparecer á la luz del día al tenebroso malhechor de quien ha presentado la cara y denunciado las obras. Su nombre, es el naturalismo; su espíritu, la negación de toda Revelación; su obra, la destrucción de toda religión, y en definitiva, de todo orden social; su poder y sus armas, esa vasta red de asociaciones ligadas por elementos impíos y criminales, y que aprisiona ambos mundos en sus mallas de hierro."

En Francia, en estos momentos, libra contra la religión la más formidable batalla, y esperamos en la Virgen Inmaculada, que será vencida.

Así lo podemos creer hasta teniendo sólo en cuenta los medios humanos, en vista de los poderosos elementos de que dispone el catolicismo en el país que por hoy

---

(*) Véase el capítulo "MILAGROS, MISIONES Y MARTIRIOS."

camina al frente de la civilización católica. El mismo Baunard, dice:

"Francia y la Iglesia se defienden vigorosamente en estos momentos. Tengo, sobre este asunto de perpetua actualidad, toda una biblioteca de publicaciones escritas en esta segunda mitad del siglo. En estos últimos años, particularmente, el magistral folleto de M. Georges Goyau, los artículos tan franceses de M. Jules Lemaitre; la *Franc-Maconnerie et la Paix sociale,* por Paul Nourisson; la *Gangrene maconnique,* por *M. Dasté; la Franc-Maconnerie et la question religieuse,* por Copin Albancelli, etc., etc., nada han dejado de enseñar acerca de la existencia ilegal, de los procederes perniciosos de la secta tenebrosa y el peligro en que pone al alma cristiana y francesa. Periódicos como la *Franc-maconnerie démasquée* y la *France chretiénne,* se han fundado sólo para quitar el velo á sus secretos. Los días 7 y 8 de Junio últimos, 1900, se acababa de reunir un congreso anti-masónico en París."

Los masones en Francia son veinticinco mil solamente, y aunque el oro judío los hace ahora temibles, no creemos tiranicen por mucho tiempo una nación de católicos tan resueltos, tan bien disciplinados, tan inteligentemente dirigidos por el clero, en su mayoría admirable, tanto más cuanto que la buena causa está favorecida por el espíritu de libertad de los tiempos.

Dios haga se realicen los votos de Monseñor Delamaire en su gran discurso de Lille (Noviembre de 1903): "Es preciso—dice el gran Obispo—que sin tardanza, por efecto de nuestra campaña antimasónica, á impulsos de la voluntad popular exasperada, la luz del sol llegue á ser intolerable á la masonería y huya amedrentada á sus logias y ahí se sepulte de nuevo, como es el destino de todo lo que ha nacido para la mentira y para el mal."